

L'usage de tout système électronique ou informatique est interdit dans cette épreuve

Traduire en français le texte ci-dessous.

HOJAS Y PÁGINAS

Tengo para mí que el Retiro es uno de los parques urbanos más bellos del mundo, al menos del mundo que yo conozco, y que sólo Central Park le hace la competencia, pero es desleal, porque lo más atractivo del recinto neoyorquino consiste en contemplar desde su interior, a ser posible en otoño, los rascacielos que lo circundan, en una especie de postal a lo Woody Allen nimbada de ocres. El Retiro, sereno y bien reticulado, es un espacio suspendido en el aire y en el tiempo, un abrazo envolvente de orden y belleza que hace más soportable Madrid, incluso cuando llevas tiempo sin pasear bajo sus castaños, incluso cuando has empezado a olvidar lo espléndidos que, en primavera, se abren los magnolios. Saber que el Retiro existe —que existe la posibilidad de retirarse al verde en todas sus versiones, al silencio, aunque el furor de lo cotidiano te obligue a aplazarla una y otra vez— ya vale, ya es bastante. Aunque lo mejor es hacerle trampas, saltarse los deberes y meterse de cabeza en el recreo.

No sé de quién fue la idea de unir libros y árboles en la feria anual que este fin de semana termina, para satisfacción de los agotados, melancolía de quienes vieron mermar su brillantez en los días de lluvia y, sobre todo, nostalgia de cuantos amamos ese matrimonio bien avenido que cada año se produce entre hojas con letras y pasiones y enseñanzas, y las otras hojas, con nervios y orugas y gotas de agua, que nos permiten respirar mejor. No sé de quién fue la idea, pero me da lo mismo, porque desde que vivo en Madrid me parecen unas semanas de lujo aquellas que me obligan —a menudo como periodista corriendo de acá para allá buscando datos con que llenar una crónica; últimamente firmando libros, viendo la feria desde dentro— a permitirme este placer tan plácido.

Desde este lado del mostrador ocurre algo muy curioso, y que resumiría más o menos así: que la realidad parece limpiamente dividida en dos, entre aquellos que la viven —la padecen, la disfrutan—, y son los que caminan, curiosean, preguntan, compran; y aquellos que pretendemos contarla, y que más que nunca, tenemos el aspecto inmóvil, de observadores —y ladrones de vivencias ajenas, fabricantes de sueños, falsificadores de hechos— que se nos suele adjudicar. Pasa la gente, o se detienen ante uno, se forman colas, te alargan el libro, lo abres, lo firmas, te despides, hasta otra feria, o quién sabe cuándo, a lo mejor hasta nunca. Un nombre sustituye a otro en tu dedicatoria, las palabras dirigidas a tal o cual cambian según las circunstancias, lo que te piden, lo que intuyes. Y adiós. Pero es una falsa impresión. Porque hay siempre un momento mágico en cada lector que se acerca, te mira a los ojos, y allí, si tienes tiempo, te ves a ti mismo. El porqué de que te lean y el porqué, tal vez, de que tú escribas: buscándoles a ellos precisamente.

Y así han ido pasando los días, entre árboles y literatura.

Maruja Torres, *El País*, 15 de junio de 1997